

PAISAJE COMÚN (FRAGMENTO) / ACRÍLICO SOBRE MDF 25 X 40 CMS / DUOTONO

INDIO BORRADO

de

LUIS FELIPE LOMELÍ

Indio borrado, de Luis Felipe Lomelí, novela el intenso rito iniciático por el que transita El Güero, un auxiliar de electricista de trece años de edad, hacia la autoafirmación por medio de un acto de justicia que le será reconocido aun por sus enemigos. Mientras el protagonista porfia en su tarea de entender el duro mundo que le tocó, sin amargura ni autoflagelación, descifrándolo silenciosamente para sí con la idea de asumirlo en mejores condiciones, se va tejiendo una tragedia “funcional”, tan necesaria como catártica. Sitiado por el poder y el control de la calle a manos de una u otra pandilla, debe lidiar también con un enemigo quizás aún más pernicioso: el padre brutal, irresponsable y abusivo –tiene progenie solo para su provecho–, consecuente metáfora de la ciudad que margina, por tratarse de un asentamiento irregular del sur de Monterrey, a la colonia Revolución Proletaria, lugar de andanzas y destino del Güero. El daño que el padre innominado ocasiona

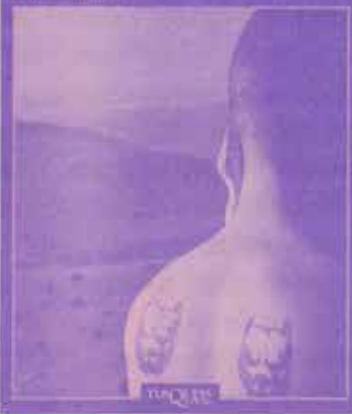
en la familia, infiriéndole una marca de horror que trasluce en el devenir cotidiano –signado por el abandono autista de la hermana violada y la inercia existencial de la madre abatida por la migraña, acaso síntoma de una depresión crónica–, es visto de forma elíptica por una voz narradora a la cual le debemos esta novela adictiva cuyo ritmo, a ratos sosegado, parece solo haberse dispuesto así para dar pie al doliente estrépito del alma.

Como si se ensayara con él, dejándolo ser y hacer, insuflándolo de paso con las viejas voces en las que se sustenta su mitología íntima, el narrador confronta al Güero con sus recuerdos discreta, amorosamente, escogiendo lo más sustantivo de una vida que, pese a su brevedad, esplende para los lectores. Por lo demás, no escapa cómo aquél empatiza con el destino en vilo de los personajes de *Indio borrado*: El Güero y su familia vulnerada; Lina, la adolescente de ojos verdes que veía al muchacho “como si lo hubiera mirado siempre” y que seguramente será la novia y pareja de aquél; Milo,

que “nomás despierta ternura si no trae el acordeón”, etcétera. Así, barajando despacio una suerte de juego de estampas que procura más detalles del espacio y del elenco, consigue retardar la acción a fin de potenciar sus alcances.

Luis Felipe Lomelí
INDIO BORRADO

www.tusquets.com



TÍTULO: *Indio borrado*
AUTOR: Luis Felipe Lomelí
EDITA: Tusquets
AÑO: 2014

Por la factura de este desfile de escenas, algunas tan escuetas como un microcuento, pareciera que El Güero se ocupara de armar para sí su mundo inmediato, o que el narrador lo refractase rápidamente en aquél para recrearlo sin acudir a descripciones ociosas. La estrategia evoca también una declaración que el protagonista rindiera *in mente* con miras a trazar una cartografía de ese pequeño mundo que rueda siempre amenazado por las pandillas rivales y en el que la confrontación con el padre –al que olfatea como un animal a otro– es inevitable. Más allá del simple guiño simbólico, la hombría y la dignidad del Güero deben cimentarse en la destrucción de cualquier enemigo.

Fungiendo como manes tutelares –o los mayores que suplen a la proterva figura paterna–, las luciérnagas son espectros que son voces que fosforecen y, abrigadas en el secreto del tiempo, recuerdan lo que sus dueños fueron alguna vez. Fantasmas formativos que van desde el nativo primigenio y el trabajador ferrocarrilero, pasando por el gobernador Santiago Vidaurri, hasta los primeros industriales –cuyas voces le confían sin empacho sus corruptelas, tal como otra confiesa también, con elipsis turbadora, haber asesinado a alguien cercano, tal vez a un bebé–, cada cual dicta el quehacer del Güero como si se tratara de su código genético expuesto. Ligándolo a una tradición ancestral, Luis Felipe Lomeli reclama para su personaje una parte de la grandeza que signó a generaciones de regiomontanos, los pioneros, los constructores, los adelantados, sumándole a ello su pasado y sangre indios, exterminados en aras de la modernidad y ahora

conciliados y fundidos en la sangre del muchacho. El Güero no es el *otro* del regiomontano proverbial: es uno más, con los mismos derechos que todos, cuyo autor exige se le tome, al fin, en cuenta. Tampoco puede reducirse a un chamaco pobre y carente de suerte: es un indio rayo redívivo, un potente “guerrero de luz sobre lomo de gigantes”.

Gracias al contexto épico con el que se dota a la novela –todo transcurre, nos hace notar su autor, en el fondo del mar de Tetis–, el Güero se revela como una manifestación de la naturaleza, energía que se reconoce siempre igual a sí misma, tanto en el Monterrey contemporáneo como siglos atrás, antes de la llegada de la colonización española al valle norteño. No por nada nuestro joven guerrero sabe y entiende bien que lo máspreciado de un hombre es su profunda identidad y la salvaguarda del nombre: nunca sabemos de él más que su apodo. No por nada, por obra del tatuaje y la tinta ritual antes de salir al combate definitivo, su rostro se antoja “como si fuera de otro tiempo”. En consecuencia, los cerros citadinos no son tales: la Sierra Ventana sobre la que se edifica la colonia del Güero es en realidad un gigante domeñado por liliputienses brutalizados que se dieron la maña para subsistir por medio de la autogestión y la autoprotección.

Sin embargo, en un mundo donde los niños crecen muy rápido y la venta de droga al menudeo es la única salida para cuantos no saben más que hacer, el equilibrio conseguido entre las bandas y sus dueños o patrones territoriales puede romperse por las causas más fútiles –el robo de una cachucha a guisa de desafío, por ejemplo–, orillando a

Sierra Ventana a la guerra consigo misma, como si no fuera suficiente la tensión que se establece entre las diversas colonias que se asientan en aquella y el proyecto regiomontano de progreso y bonanza.

De hecho, y no obstante se haya fortalecido con sus propias reglas, legado de la disciplina izquierdista de sus fundadores y de los cuales ya ni permanece el recuerdo, Revolución Proletaria parece estar siempre a un tris de la contienda fratricida a causa de sus enormes carencias y el olvido al que la condenó Monterrey, expandida desde hace mucho fuera de sus límites originales y ni aun así con la menor disposición para incluir en ella a los marginados crónicos. Insular dentro de la conurbación metropolitana –reflejo de la Sultana del Norte, multiforme y múltiple, catalogada como una nación dentro de otra–, deviene la cantera de seres acaso necesariamente violentos, a los que solo les es dado columbrar la ciudad matriz de la que no forman parte mientras esperan la oscura llamada del destino. No es extraño por ello que la voz narradora insista en mostrarles al Güero y al lector, a partir de una acción pasada –un disparo que aquél no hizo contra uno de sus adversarios, convertido luego en aliado–, el derrotero existencial del personaje en el fugaz relato paralelo –acorde a la llamada dimensión posibilista–: aquello que también *pudo* suceder y que, en el universo de *Indio borrado*, no habría sido en verdad muy distinto; solo se trataría de otras vidas rotas.

Habitantes de un limbo innoble donde el odio se asemeja ora a la tristeza, ora a la esperanza, están destinados a medrar en labores como las que desempeña El Güero

en calidad de "topo", quien auxilia en la construcción desovillando el cableado eléctrico: a nivel simbólico, todos aquéllos son "topos" también por vivir de forma subterránea y distante respecto de una ciudad que se complace -y se sofoca más cada vez, desconociéndose a sí misma- con su creciente sectorización social. Solo evolucionan en aves de presa cuando, como El Güero y los suyos para robar algún dinero con que adquirir armas a fin de enfrentar a los Dragons, "caen", "saltan" sobre alguna casa de la colonia inmediata desde los hombros del gigante.

Aun cuando acude a inocentes cábalas como hacerles nudos a la bolsa del supermercado con el afán de volverse momentáneamente invisible, o esperar a que los dígitos de un boleto de camión sumen veintiuno para ganarse el prometido beso de Lina, El Güero no pierde de vista la

doble misión que tiene en puerta. Cumplirá, tal vez sin saberlo, uno de los consejos de su maestro que la voz narradora compila y escancia al modo de un breve tratado de filosofía práctica, y el cual bien pudo servir de epígrafe para la novela: "Lo importante de un topo -dice José Isabel- no solo es saber cuándo empujar y cuándo jalar para que no se atasquen los cables, lo importante es encontrar la fuerza indicada para sacar todo el mugrero". Ya que saca de sí la carga negativa que lo lastra y suma cadáveres al "rio de muertes que fluye bajo las calles asfaltadas" de Monterrey, rayo convertido en hombre, El Güero se encumbra como un adulto responsable de su familia y de su territorio, a despecho de la impune peligrosidad de los Dragons, responsables incluso de graves delitos contra gente que no habita en Sierra Ventana.

En *El evangelio del Niño Fidencio*, Felipe Montes imagina una ciudad de cemento y ladrillo que emerge en las primeras décadas del Siglo XX para imponerse a la construida entonces con piedra sillar. En la visión de inicio de milenio que condensa *Indio borrado*, Luis Felipe Lomelí imagina con razón un Monterrey surcado por símbolos y "silbidos de balas que tejen el aire", cuyas entrañas-tuberías son recorridas por serpientes que envenenan el agua y la tierra, fatalmente y sin remisión, como un eco siniestro de la paranoia zumbona del militar que, en la cinta *Dr. Strangelove* de Stanley Kubrick, inicia la tercera guerra convencido de que los comunistas soviéticos han inficionado a Occidente fluorizando el agua. ●

Hugo Valdés

ENAMORADA del silencio

Veo a Josefina con su mascarilla de oxígeno y la mirada fija en algún punto. Atada a un tanque que dosifica su tiempo. Pasmada de tranquilidad en alguna habitación de su casa, siendo ni mujer, ni hombre: humana. La veo en silencio recogiendo algunas frases de sus compañeros, contenida ante los arrebatos de Sergio Magaña y las egolatrias de Ibargüengoitia, resguardándose en la lealtad a su oficio y la disciplina cariñosa. Escucho el sonido de quien entendió la complejidad humana a profundidad. Una Josefina hecha

de paciencia inconmensurable que sencillamente escribe y espera. Como si aquellas palabras de Rilke "el árbol no apremia a su savia" en su libro *Cartas a un joven poeta*, se hubiesen encarnado en ella.

Antes de empezar a leer estas *Memorias*, tuve por un momento la tentación de engalanar esta presentación con largos alientos de erudición y citas de otros textos. Sin embargo, al escuchar la voz de Luisa me ha venido al oído el latido del corazón que se sabe. De la mujer que lo apostó todo por una profesión que al principio no tenía la certeza



Luisa Josefina Hernández



TÍTULO: *Memorias*. Luisa Josefina Hernández

AUTOR: Luisa Josefina Hernández y David Gairán

EDITA: El Milagro/UANL

AÑO: 2016

de sentir como propia, y a la que se sintió casi empujada por el ímpetu de Emilio Carballido, su compañero de batalla. La imagino como una mujer presa del incendio, avanzando a gatas para no asfixiarse con el humo o quemarse con el fuego. Porque las palabras aparentemente dóciles son en verdad una llamarada, y el escritor, un incendiario suicida que cruza los humos de la inconsciencia. Por eso estoy en total desacuerdo con la autora, que se cree poco valiente solo por haber esperado la muerte de sus contemporáneos para publicar algunos escritos de su autoría. Creo más bien que su presencia era tal que no hacían falta dichas publicaciones. Luisa Josefina era capaz de mimetizarse con el lenguaje de sus amigos cercanos para llevar a buen término las tareas que ellos empezaban. Editaba a Carballido o escribía finales para guiones de televisión. Se necesita una gran generosidad para no firmar lo que uno escribe. Valor para aparecer en una reunión, acompañada por Mendoza, Ibarguengoitia, Magaña, Carballido y soportar las necedades, no del género masculino, sino de la debilidad humana. Y luego caminar por la senda de la literatura sin feminismos pretenciosos.

Luisa Josefina Hernández se preserva a sí misma como el árbol antiguo cerca del cual todos los demás extendieron sus raíces y dieron fruto. Es por ello que logra jugar con el tiempo y revelar lo que fue su generación: un encuentro de individualidades, un disgusto entre egos, búsquedas paralelas. Porque en la palabra todos nos buscamos a nosotros mismos de uno u otro modo. El mexicano sea dramaturgo, novelista, poeta o tenga un oficio ajeno a la literatura, entraña dentro de sí un dilema, ser él mismo o fingirse otro, como el político protagonista de *El gesticulador* de Usigli. Luisa Josefina eligió la primera opción: echar raíces sobre sus propios andamiajes. Divorciarse si le era necesario, madrugar, trabajar incansablemente, esperar. Tomó solamente aquello que le pertenecía por herencia: la vida familiar, y con ella creó sus mundos literarios. No aspiró a ser vista, ni destruyó a nadie haciendo crudos comentarios. Simplemente se sentó a escuchar para conocer la vida y recordarla, cuando ya a nadie le importara si tiene sentido montar en escena *Los signos de zodiaco* (Sergio Magaña) o si *Las cosas simples* (obra de Héctor Mendoza) carece de riqueza. En esta entrevista que concede a su

nieto David Gaitán, Luisa Josefina Hernández despoja a sus compañeros de generación de sus máscaras y nos muestra su humanidad, egoísmo y belleza. Porque lo máspreciado de una generación como la suya es que nos heredó las ganas de seguir haciendo teatro, a pesar de nuestras incongruencias y contradicciones.

Siempre estamos aspirando a la belleza en el arte pero al mismo tiempo apoyando al artista por ser nuestro amigo. Hace siglos tuvimos que aliarnos para sobrevivir. Debimos aglomerarnos en un espacio y hacernos fuertes. Por eso México es tan susceptible a la corrupción, pero al mismo tiempo tan cálido y amistoso. La amistad está para nosotros por encima del arte, y la individualidad por encima de la amistad. Por eso esta generación de dramaturgos no defendió bandera alguna, fue simplemente un conjunto de individualidades de entre las cuales Luisa Josefina Hernández fue la más cálida escucha y permanente espera. Quien deseaba llegar a ella podía hacerlo sin esfuerzo y quien en guerra contra sus propios fantasmas quiso renunciar a su amistad, pudo irse sin más. Ella no intentó atrapar, simplemente fue palabra. ●

Adriana Paola Meza

armas y letras 95



Presentaremos una selección de poemas de R. S. Thomas en la traducción de Miguel Ruiz Albarracín. El escritor Juan Carlos Abril elabora y aborda un panorama de los escritores españoles de la segunda mitad del siglo XX e inicios del XXI.

Además de otros ensayos, crítica, columnas, reseñas y selección de poesía y narrativa, acompañarán nuestras páginas la obra de Ana Fabiola Medina.

HERMENÉUTICA Y ESTÉTICA

La estética es ciertamente, desde su fundación formal como estudio de esa sensibilidad propia del arte bajo Baumgarten, y no de la sensibilidad en general como quería Kant, una de las disciplinas filosóficas más necesitadas de sustento teórico en una verdadera *episteme*, clara y distinta, justo como quería Descartes que fuesen las ideas. Precisamente de la escuela de Ernst Cassirer y sus provechosas enseñanzas en Norteamérica proceden varios y valiosos aportes, sobre todo por el lado de Susanne K. Langer, en cuya estética insta al filósofo a acudir al taller del artista, en sus diversas especialidades (actor, pintor, músico, arquitecto o poeta) a fin de aterrizar una teoría plausible y general que ha de partir, en todo caso, de la idea del símbolo, firmemente asentada en la antropología y el estudio de la cultura.

La hermenéutica, entendida como teoría de la interpretación, se ha cultivado desde antiguo, sobre todo por el lado del gnosticismo, los textos sagrados e incluso las disquisiciones retóricas, aunque con pensadores como Hans-Georg Gadamer, Paul Ricoeur y Gianni Vattimo ha alcanzado desarrollos notorios. Partiendo del clásico tratado aristotélico *De interpretatione* (*Peri hermeneias* en griego), la distinción entre los términos –como unívocos, equívocos y análogos– continúa

siendo esclarecedora. En efecto, en la analogicidad radica el *in medio virtus* o justo medio aristotélico. El profesor Mauricio Beuchot (Torreón, 1950) no se ha cansado de insistir sobre el particular e incluso profundiza en el carácter icónico (que viene de George Sanders Peirce), dialéctico (en el sentido más bien de Kierkegaard, no de Hegel) y ulteriores perfecciones que se han venido añadiendo en el camino.

En *El arte y su símbolo* Beuchot volverá a exponer sus ideas generales aplicándolas al ámbito del arte, más específicamente de las bellas letras: siendo el autor poeta por afición al igual que filósofo, es un terreno que no le resulta extraño. Admira el estilo de la exposición, clara, didáctica (vuelve una y otra vez sobre los puntos fundamentales proveyendo de conclusiones en casi todos los apartados) y bien cuajada en castellano, una de las cualidades

nada desdeñables en un ensayista. Tomar a Rubén Darío o bien a Jorge Luis Borges *en serio*, en tanto que pensadores, no es poca cosa para un profesional de la filosofía, un riesgo no ajeno a una objeción elemental: cuando el hombre de letras manipula conceptos filosóficos en un texto, ¿puede tomárselo en su sentido literal o unívoco –para no abandonar el tono del libro– o no es más bien que la misma equivocidad de los procedimientos vuelve menos que imposible ofrecer una respuesta definitiva? La analogicidad, entendida como *phronesis* o prudencia, procurar *die goldene Mitte*, el justo medio, es, sin lugar a dudas, una instancia que no es *sabio* desdeñar. Si bien uno se pregunta, al final, si estos consejos prudenciales llegan a resolver el *quid* o *proprium* de la cuestión, sea en el arte, la ciencia o la política. ●

Raúl Olvera Mijares

TÍTULO: *El arte y su símbolo*
AUTOR: Mauricio Beuchot
EDITA: Calygramma
AÑO: 2013



Hamburgo en alguna parte de

GABRIELA CANTÚ WESTENDARP

El título de esta novela nos introduce a un tema muy regiomontano. La nuestra es una ciudad fundada por portugueses, por judíos conversos a fines del siglo XVI. Es una ciudad que durante 300 años prácticamente no prosperó dado que no había minas ni un clima que favoreciera la agricultura. Durante siglos sus habitantes trataron de sobrevivir a los ataques de grupos semi nómadas.

Apenas a mediados del siglo XIX, con el ferrocarril, la guerra norteamericana, las políticas de Porfirio Díaz, y el impulso del comercio y la industria, la ciudad creció —Saltillo o Linares eran hasta entonces más importantes que Monterrey—. A lo largo de varias décadas, Monterrey recibió grupos de inmigrantes italianos, alemanes, judíos, ingleses, españoles, palestinos, chinos, árabes,

polacos y franceses; también hombres y mujeres de otros muchos estados de la República buscando oportunidades de trabajo y estudio. Hoy en día siguen llegando coreanos, venezolanos, colombianos, cubanos y norteamericanos, entre otros. Somos una “pequeña” gran manzana dentro de México. Y, aunque seguido nos decimos que somos “orgullosamente regiomontanos”, poco hurgamos en esa identidad mutante e inestable que nos conforma. ¿Quiénes somos? El título de la novela, tomado de una frase que aparece en el capítulo 31, nos introduce al dilema de identidad de Emilia la protagonista nacida en los años cuarenta, durante la Segunda Guerra Mundial, y descendiente de una familia alemana. Emilia se cuestiona, frente a la compleja figura que representa su madre de noventa años y paralizada por una embolia, su identidad y su rol como hija, hermana y madre a lo largo de su vida; hurga en las



TÍTULO: *Hamburgo en alguna parte*

AUTOR: Gabriela Cantú Westendarp

EDITA: 27 Editores

AÑO: 2016



CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO

REFUGIO DE TODOS PARA LA CULTURA

Ven y conoce las instalaciones de este recinto cultural de la UANL, donde podrás disfrutar de todo un mundo acerca del libro a través de las diferentes actividades que tenemos para ti, como talleres, conferencias y mesas redondas dentro de la casa o en el espacio al aire libre. Nuestra librería cuenta con una variedad de títulos y espacios confortables que invitan a la lectura.

¡VISÍTANOS!

editorial.uanl@uanl.mx

LIBRERÍA / ARTE

Padre Mier 909 pte. esquina con Vallarta

Lunes a viernes: 10:00-19:00 hrs./ Domingos: 10:00-14:00hrs./Sábados: cerrado

Entrada libre/ Zona Wireless / Estacionamiento gratuito por la calle Vallarta

Mayores informes: 8329-4126 y en editorial.uanl@uanl.mx

 Casa del Libro UANL

 casa_libroUANL



dolorosas cicatrices que una vida marcada por ciertas ausencias, heridas y rencores le ha dejado.

Si tuviese que partirme en dos una de mis mitades sería alemana. La mezcla está hecha. El problema es que no hay forma de distinguir cuál de mis brazos es mexicano y cuál, alemán. Tampoco sé si mi hígado viene del lado alemán o si mis pulmones —ambos— vienen de mi herencia mexicana. No hay forma de distinguir dónde termina mi parte alemana y dónde comienza la mexicana o al revés. Pero es un hecho que llevo a mis antepasados de Hamburgo en alguna parte. Mi lengua materna es el español pero aprendí el alemán de manera simultánea en casa. Además ya en edad adulta tramité mi nacionalidad alemana. Así que tengo dos nacionalidades. Mis costumbres también son una *Kultural Gemisch*. Soy una mezcla. Soy germano-mexicana pero también capitalina-regiomontana. De manera que el asunto no está fácil de desenmarañar. Tal vez soy principalmente regiomontana pero —insisto— es un hecho que llevo a mis antepasados de Hamburgo en alguna parte.

La novela se estructura en 50 capítulos cortos o fragmentos cuyo hilo conductor es a veces el azar, como en la vida misma. Para referirme a la estructura interna, recuerdo a Oscar Wilde cuando dijo que “el ser natural es la pose más difícil”. El relato corresponde

a una naturalidad, a una claridad que nos permite acercarnos a su lectura, y eso es resultado del oficio. Además, como un vaivén de olas, la tensión se nos va dando perfectamente dosificada.

Para hablar de la novela como género literario y responder a la pregunta ¿qué hace Gaby Cantú con el género novelístico? me remito a varias novelas. En primer lugar pienso en *Canción de tumba* de Julián Herbert, narrada también en primera persona, donde el protagonista acompaña a su madre en agonía y repasa le compleja relación y vida que implicó el ser hijo de una prostituta. Viene a mí también el término de “literatura ombliguista” de Guadalupe Nettel que se refiere a literatura escrita con un tono intimista como su novela *El cuerpo en que nació* o los cuentos que forman el libro *El matrimonio de los peces rojos*. Y, por supuesto, la novela de Gaby nos remite también a toda una tradición de novela corta como *La metamorfosis* de Kafka, algunas de las novelas ejemplares de Cervantes, *El Túnel* de Ernesto Sábato, *El Perseguidor* de Julio Cortázar, *Los Cachorros* de Vargas Llosa, *Aura* de Carlos Fuentes, *El último encuentro* de Sándor Marai, o la extraordinaria obra *Seda* de Alessandro Baricco.

La novela también nos recuerda a un poemario, puesto que cada capítulo es una unidad, una imagen visual, una colección de impresiones que conforman el todo, pinceladas que esbozan el desasosiego de Emilia. Dentro de ella se reflexiona sobre el proceso de creación mismo. La novela se caracteriza por su sobriedad. El lenguaje apunta, acierta, incide en la historia que se cuenta y en el lector para impactar dentro de él.

No entiendo el fenómeno de los sueños. Borges dice que son pedazos de eternidad. Dice que uno entra en un tiempo sin tiempo. Algo así como en un tiempo paralelo, en otra dimensión. Dice también que es la primera forma de ficción que existió. Tal como las novelas o los poemas, los sueños se forman a partir de la realidad y de los deseos y de las angustias y de las proyecciones y de no sé qué otros materiales. Por otro lado, según algunas teorías, hay personas que tienen la capacidad de percibir lo extrasensorial, que es algo así como gozar de un sexto sentido.

Un aspecto valioso de *Hamburgo en alguna parte* es lo que en ella permea del contexto histórico en que se sitúa. Encontramos, por ejemplo, referencias a los alemanes que llegaron al Norte de México en 1861, época durante la cual inicia el crecimiento industrial y comercial de Monterrey. Un posterior interés de la nación alemana en México por su posición geográfica y recursos como el petróleo y los minerales. Además, el estilo de vida de los '40 y cómo vivieron las familias de Monterrey la influencia de la Segunda Guerra Mundial así como algunos episodios de los que poco se habla como la existencia de redes de apoyo al Partido Nazi y la presencia en el norte del país de Otto Roselius y la Operación Pastorius mediante la cual Hitler pretendía atacar a Estados Unidos. Al mismo tiempo, como podemos ver en el capítulo 16, el reflejo de una manera de ser cerrada, conservadora, crítica y racista de la población norteña.

Entre los temas centrales de *Hamburgo en alguna parte*, destaca lo relacionado con el cuerpo y la vejez: ¿Cuándo inicia la vejez? ¿En qué momento se cruza la frontera entre ser adulto, ser mayor o ser viejo? Dominan también las relaciones humanas y en particular el amor: la familia, los vínculos entre hijos y padres y entre hermanos, el matrimonio, el estigma del divorcio. Y, como contraparte, la soledad: los muros que construimos para evadir nuestra realidad y refugiarnos en nuestro interior, los duros prejuicios contra los otros.

Y es interesante el tratamiento que Gabriela Cantú da a estos aspectos. A mitad de la novela, en el capítulo 20, el narrador dice: "La experiencia marca nuestra

geografía íntima". Es decir, aunque en cada uno de nosotros pesa el contexto histórico, el pasado familiar, la relación con los padres, los prejuicios heredados, etc. lo que más nos determina se queda para habitarnos, anida dentro de nosotros, de nuestra "geografía íntima". La novela de Gaby nos remite a aquella frase famosa con la que inicia la novela de León Tolstói *Ana Karenina*: "Todas las familias felices se parecen unas a otras, cada familia desdichada lo es a su manera".

Desde el silencio de una alcoba y el lecho de la madre moribunda, desde un asilo donde ella dormita, desde el tiempo detenido sobre el peso de la tarde que no avanza, desde los secretos y rencores que los cuerpos y las familias

guarecen, desde el polvo sutil que se tiende sobre los muebles y los años, desde la memoria que se pierde irremediabilmente porque ya no quedan las palabras o la lucidez de la madre para recuperarla, para responder a las preguntas fundamentales que asedian a Emilia, desde ese tiempo prolongado que antecede a la muerte, Gabriela Cantú Westendarp construye una entrañable novela con la virtud y el oficio de la poeta que ella es, porque con pocas palabras dice mucho. *Hamburgo en alguna parte* nos ofrece un espejo donde, más que respuestas, encontramos una historia que nos atrapa desde el inicio y una pródiga reflexión de lo que somos. ●

Gabriela Riveros Elizondo

